

Hacer sonar la Historia. Sobre «Comunismo en España: voces para un siglo»

Luis Zaragoza Fernández

Doctor en Periodismo y licenciado en Geografía e Historia

«Radio España Independiente Estación Pirenaica», lo he escrito en varias ocasiones, fue esencial en la historia del Partido Comunista de España durante casi cuarenta años. Pero, entre todas sus contribuciones (al encuadramiento, a la organización, a la coordinación, a la propaganda, a la movilización...), hay una que no se ha destacado lo suficiente: su importancia en la preservación de unos fondos sonoros que son únicos entre los exiliados. Estoy cada vez más convencido de que, sin Radio España Independiente, no sólo el papel del PCE en el antifranquismo habría sido distinto (dada la posición de privilegio que le otorgó disponer de un medio de comunicación que ningún otro grupo de la oposición pudo, supo o quiso conseguir), sino también su archivo.

Esos fondos sonoros me interesaron mucho mientras realizaba mi tesis doctoral, precisamente sobre la emisora (mis elogios hacia ella están, pues, teñidos de una parcialidad evidente y lo asumo). Reflejaban ambientes, actitudes, caracteres, tensiones o entusiasmos durante décadas de clandestinidad

y exilio sin la mediatización de la palabra escrita. Por citar sólo un ejemplo de los más conocidos, no es lo mismo leer los discursos que Dolores Ibárruri pronunció el 17 y el 20 de abril de 1963 con motivo del consejo de guerra y el fusilamiento de Julián Grimau, aun con toda la belleza del texto, que escucharlos en su propia voz, llena de matices (de la ternura a la indignación) y también, por cierto, de interferencias en la línea telefónica que unía Moscú con Bucarest (lo que otorga si cabe más dramatismo a esas grabaciones).

En esas cintas abiertas (porque entonces los fondos aún no estaban digitalizados) encontré informes interminables y soporíferos (algunos, dicho sea de paso, concebidos para su emisión por La Pirenaica, lo que hoy nos resultaría inimaginable), pero también escuchas a la policía que grabaron en España algunos militantes desde mediados de los años sesenta (que muestran, por ejemplo, la obsesión enfermiza de los responsables por hacer detenciones ante cualquier mínima concentración que se produjera en las fechas más señaladas), o

canciones que se compusieron (o se adaptaron, según los casos) para animar protestas y mover conciencias, o discusiones en el Comité Central o el Ejecutivo donde a veces brillaban más las navajas que los argumentos (el «proceso» a Claudín y Semprún no es el único ejemplo, aunque sea el más famoso).

Por lo tanto, conocía las indudables posibilidades, pero también los evidentes peligros, de realizar un programa de radio sobre el centenario del PCE, que es lo que me propuso el director de «Documentos RNE», el programa en Radio Nacional de España en el que trabajo desde 2020. Indudables posibilidades, porque no sólo podríamos contar con el Archivo Histórico del PCE (y hay que agradecer en este punto la colaboración y la paciencia de Patricia, su actual responsable), sino también con el de RTVE (uno de los más grandes del país, sin duda). La combinación de ambos fondos podría brindarnos, como así fue, un material de trabajo que nos permitiría reconstruir la historia de una de las ideologías más importantes del siglo XX en nuestro país a través de las voces de sus protagonistas. Evidentes peligros, porque me parecía imposible, aun desplegando mi mayor capacidad de síntesis, resumir en 53 minutos un siglo de organizaciones, líderes, conflictos, giros estratégicos, represiones, euforias y desencantos..., sin caer en un excesivo trabajo grueso.

Más de una vez le comenté a Miguel Ángel Coletto, el director del programa, que éste sería un guion ingrato, mucho más que otros, porque los «muy cafeteros» (entre los «pro» y los «anti») siempre destacarían más lo que faltaba que lo que había: que si hace más hincapié en Paracuellos que en las guerrillas, que si se hace más hincapié en las guerrillas que en Paracuellos, que si se habla poco del «oro de Moscú», que si se revive otra vez el mito del «oro de Moscú»,

que si se da una imagen muy favorable de los comunistas, que si se da una imagen muy desfavorable de los comunistas... Tengo que decir a este respecto que las críticas tras la emisión del programa (al menos si se atiende a ese microcosmos que es Twitter, donde todas las pasiones se exageran y donde buena parte de la sociedad no entra) me han sorprendido de manera agradable: los que no han estado de acuerdo con el contenido no lo han dicho, o por lo menos a mí no me han llegado sus críticas.

El reto era no tener que recurrir a historiadores que explicaran las diferentes etapas, sino acudir todo lo posible a los testimonios de dirigentes y militantes de las organizaciones comunistas (no sólo del PCE) y al de quienes las combatieron. Pero haría falta un hilo que los hilvanase. Para conseguirlo, y precisamente ante la falta de expertos, me pareció que lo más adecuado sería recurrir a un narrador convencional, aséptico, pretendidamente objetivo o distanciado, como es el habitual de «Documentos RNE». Era necesario crear una figura en la que yo, como guionista, pudiera echarme a la espalda la interpretación del siglo de comunismo en España que no había pedido a los demás historiadores. Una figura que me permitiera un mayor grado de implicación para realizar determinados comentarios, por ejemplo. Esa figura la proporcionó Rafael Alberti, que en uno de sus poemas más políticos evocó al famoso fantasma que recorría Europa según el Manifiesto comunista. En realidad (y esta opinión es seguramente una de las más discutibles de las que he defendido aquí y en el propio programa), en este país, durante la mayor parte de este siglo, el comunismo ha sido sobre todo eso, un fantasma, algo por lo que muchos mataron y murieron, es verdad, pero que en la práctica fue un conjunto de ideas que sirvieron para infundir miedos, y también esperanzas, en la imagina-



Militantes comunistas durante la manifestación del 1º de Mayo en Madrid en 1936
(Foto: Archivo Histórico del PCE).

ción de la gente, pero que apenas tuvieron una concreción práctica. Ese fantasma, recreado después en la parte técnica a través de la distorsión de mi propia voz, fue para mí uno de los aspectos más arriesgados de esta apuesta de por sí arriesgada.

Después vino el trabajo diario de recopilación de testimonios (no sé cuántos cortes de esos archivos ya digitalizados pedimos al AHPCE, y cuántos a los documentalistas de nuestro propio archivo). Y pasó lo que me temía: que una enorme cantidad de material (en bastantes casos inédito en una radio española) se iba a quedar fuera de esos 53 minutos que debíamos hacer. Así que decidimos contar la misma historia de forma más amplia, más reposada y con muchos más documentos sonoros. Fue un experimento también para el equipo de «Documentos RNE», que no había realizado hasta el momento una serie concebida para el formato podcast (con sus propios

códigos narrativos) y destinada, por tanto, no a su inserción en una parrilla de programación, sino a su distribución en internet. El resultado fueron cinco capítulos de unos veinte minutos de duración (más el capítulo 0, de presentación de la serie).

En el capítulo 1 asistimos al parto de los primeros partidos comunistas, en medio de espantosas convulsiones. Vemos cómo el PCE, el partido más importante, tardó años en arraigar en la sociedad española (empezó a hacerlo en vísperas de la guerra civil), y cómo en esos años iniciales se fueron configurando tanto los rasgos de la cultura militante de los comunistas, como los rasgos de la propaganda anticomunista. La sombra de ambos puede decirse que se extiende hasta hoy. El segundo capítulo aborda la guerra civil, el período de mayor influencia política, económica, social y militar del PCE; los años en los que se forjó tanto su leyenda heroica, como su leyenda negra: la creación

del PSUC, la defensa de Madrid, el «oro de Moscú», los «niños de Rusia», las sacas de Paracuellos, las Brigadas Internacionales, el Quinto Regimiento, las luchas entre antifascistas, el golpe de Casado... El tercero trata los años más duros de la represión, de la venganza de la dictadura franquista: años de cárceles, de clandestinidad, de torturas, de fusilamientos, de guerrillas...; años de exilio y de dispersión de los dirigentes, de luchas de poder, de desconfianzas, de delaciones, en un clima que llegó a ser realmente asfixiante. En el cuarto nos encontramos a un PCE que renueva su estrategia y sus dirigentes, que lanza su tan nombrada «política de reconciliación nacional», que no puede (aunque lo intenta) cumplir su sueño de derribar la dictadura mediante una huelga general, pero que poco a poco va creciendo en las fábricas, en las universidades, en las asociaciones de vecinos, en los colegios profesionales (la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» de la que tanto habló Carrillo)... Y vemos también la aparición de partidos maoístas, trotskistas, guevaristas..., que pensaban que, con su nueva estrategia, el PCE había dejado de ser revolucionario. Y en el quinto hablamos de la adaptación a la democracia que hoy tenemos y que no llegó como los comunistas la habían soñado. Pese a sus concesiones y a su adhesión al consenso constitucional y a los Pactos de la Moncloa, o según algunos precisamente por esta política tan moderada, el PCE perdió la hegemonía de la izquierda, sus bases se desmovilizaron, sus tensiones internas

estallaron, e inició una decadencia que la creación de Izquierda Unida sólo pudo parar de manera parcial y temporal, aunque, curiosamente, en estos últimos años el comunismo ha vuelto a aparecer en el debate público, sobre todo para el insulto.

El resultado está ahí, para quien lo quiera escuchar y valorar. Por mi parte, sólo puedo decir que se ha realizado de forma honesta, así que los errores que puedan encontrarse (espero que pocos) pueden achacarse a muchas cosas, pero no a la mala fe. Eso sí, debo confesar que el trabajo me dejó una sensación extraña en una cuestión concreta. Varios de los documentos que se incluyen (la autocrítica de José Antonio Uribes ante el V Congreso del PCE en 1954, por ejemplo) los descubrí por casualidad, escuchando cortes en busca de otros testimonios. Por mucho tiempo que dedique a una investigación, siempre tengo la sensación de que lo más interesante va a estar en el siguiente corte por escuchar o en la siguiente página por leer (supongo que es una sensación bastante general). Así que no puedo evitar preguntarme cuántos otros testimonios hubieran podido enriquecer aún más el programa? ¿Cuántos audios apasionantes, emocionantes, esclarecedores, terribles... andarán escondidos, por ejemplo, en las cintas que todavía aparecen catalogadas como «sin definir» en los fondos sonoros del PCE? Aún quedan «terrae incognitae» por explorar, con la posibilidad de que sean desiertos, pero con la esperanza de que sean oasis. La tarea de hacer sonar la historia sigue abierta.